



LA COMUNIDAD ESCUCHANDO JUAN 13-17¹

EL PARÁCLITO VENDRÁ A USTEDES

Evangelio de Juan (16,1-15.21-23)

¹Les he dicho todo esto para que no se escandalicen. ²Los expulsarán de la sinagoga. Incluso más, llegará un tiempo en que el que los mate pensará que está dando culto a Dios. ³Y eso lo harán porque no conocen al Padre ni a mí. ⁴Esto se lo digo para que, cuando llegue su momento, se acuerden que ya se lo había dicho.

No les dije estas cosas desde el principio porque yo estaba con ustedes. ⁵Ahora me vuelvo al que me envió y nadie me pregunta adónde voy.

⁶Lo que les he dicho los ha llenado de tristeza; ⁷pero les digo la verdad: les conviene que yo me vaya. Si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito, pero si me voy, lo enviaré a ustedes.

⁸Cuando él venga, convencerá al mundo del pecado, de la justicia, y del juicio: ⁹El pecado, que no han creído en mí. ¹⁰La justicia, que yo voy al Padre y no me verán más. ¹¹La sentencia, que el príncipe de este mundo ya ha sido condenado.

¹²Muchas cosas me quedan por decirles, pero ahora no pueden comprenderlas. ¹³Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad plena. Porque no hablará por su cuenta, sino que dirá lo que ha oído y les anunciará el futuro. ¹⁴Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes.

¹⁵Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso les dije que recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes.

²¹Cuando una mujer va a dar a luz, está triste, porque le llega su hora. Pero, cuando ha dado a luz a la criatura, no se acuerda de la angustia, por la alegría que siente de haber traído un hombre al mundo. ²²Así ustedes ahora están tristes; pero los volveré a visitar y se llenarán de alegría, y nadie les quitará su alegría. ²³Aquel día no me preguntarán nada. Les aseguro que todo lo que pidan a mi Padre, él se lo concederá en mi nombre.

¹ Textos de referencia: Arcidiocesi di Milano, *L'amore che ci unisce*, Ed. In dialogo 2021;

Advertencia

Como siempre, el texto es muy denso y hasta complicado: me limito, por necesidad, a algunos de los aspectos más salientes.

Contexto

A pesar de la intención de Jesús de ser lo más tranquilizador posible, cuanto más habla, más los "suyos" se hunden en el miedo.

¿Y qué podía esperar? Primero había anunciado la traición, luego que los dejaría (ciertamente para ir a prepararle una "morada" en la casa del Padre, ¡pero generalmente el hombre vive en el aquí y ahora!), y finalmente que a ellos también les habrían hecho lo mismo que a Él, hasta matarlos!

Todo esto para que no se escandalizaran cuando todo hubiera sucedido: en efecto, la preocupación de Jesús no es evitarnos los problemas, sino ayudarnos a afrontarlos, a evitar que afecten nuestra fe, es decir: nuestra confianza en que el Padre siempre nos cuida.

Y si Él mismo llegará a gritar: «*Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*» (Mc 15,34) será precisamente y sólo porque tenía que llegar a este punto (es decir, a este lugar anti-teológico de distancia de Dios) para arrancarnos del infierno. Dado que el Infierno es precisamente sentirse (no ser) abandonado por Dios.

Pero las palabras no son suficientes. Y algunos anuncios parecen tener sólo el poder de encerrar a la gente en sí misma. Por eso Jesús no se limita a prepararlos para la idea de cosas tan fatales, es decir, a indicarles el problema; también anuncia la solución: promete el envío del Espíritu Santo o, como él lo llama aquí, el Espíritu de la verdad.

Comentario

v.1 «*Para que no se escandalicen*».

¿Qué habría de escandalizarse? ¡De su muerte en la cruz!

Según las expectativas judías, el Cristo debía triunfar, para liberar a Israel de toda dominación extranjera y establecer el Reino de Dios por la fuerza (con la omnipotencia divina); ciertamente no para terminar clavado en la cruz, que según la mentalidad de la época era el destino reservado a los malditos de Dios!

Lamentablemente nosotros también nos hemos demasiado acostumbrados a la idea; incluso lo convertimos en un estándarte ideológico: pensemos por ejemplo en toda la polémica a favor o en contra del crucifijo en los lugares públicos.

Al contrario, el Cristo crucificado escandalizó inmediatamente:

«Porque los judíos piden milagros, los griegos buscan sabiduría, mientras que nosotros anunciamos un Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos; pero para los llamados, tanto judíos como griegos, un Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios. Porque la locura de Dios es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad de Dios más fuerte que la fortaleza de los hombres» (1Cor 1,22-25).

Y para nosotros? ¿Para nosotros que cada domingo celebramos la Pascua de Jesús?

¿Es cierto que creemos en un Cristo crucificado o simplemente lo pasamos por alto, pensando que «resucitó el tercer día»? → esa también sería una forma – solo un poco más elegante – de escandalizarnos de él: quitar la crucifixión en virtud de la resurrección.

Porque la verdadera pregunta es: ¿qué significa creer en un Dios crucificado?

¿Qué cambia realmente para nosotros? Ya, qué "cambia"?

Y aquí abro un paréntesis: me desvió un poco del tema, pero siento que es verdaderamente muy importante porque de ello depende nuestra manera de entender el acontecimiento fundante de nuestra fe y, en definitiva, la idea misma que tenemos de Dios.

¿Cuál es el significado de la cruz?

«Ante todo, les he transmitido lo que yo mismo había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras» (1Cor 15,3-4).

El Nuevo Testamento afirma que Cristo nos salvó con su muerte en la cruz y su resurrección (evento único, llamado Pascua); sin embargo, no especula sobre cómo esta muerte ignominiosa tuvo el poder de salvarnos.

¿Cuál es la relación entre la muerte de Jesús en la cruz y nuestra salvación? ¿Cuál es el "mecanismo"? Tratar de explicarlo es tarea de la teología.

Una teología auténtica siempre será consciente de que es incompleta.

Origen de Alejandría (185-232) lo explica así: al pecar, el hombre se convirtió en esclavo del diablo. Al morir en la cruz, Jesús lo redimió (del hebreo 'goel = pagar el precio de la deuda para liberar a un esclavo), pagando el precio al diablo.

Anselmo de Canterbury (también llamado Anselmo d'Aosta, Aosta, 1033 - Canterbury, 1109), considerando que la idea por la que Jesús «tuvo que pagar al diablo» no era muy adecuada, la reformuló en términos de «justicia restaurativa». Con el pecado, el hombre perturbó el orden de la creación y ofendió a la justicia divina que, por tanto, debía ser resarcida ("satisfecha") por la ofensa recibida. Como el hombre, precisamente a causa del pecado, ya no podía hacerlo, Jesús tomó su lugar, reemplazando al culpable: «satisfacción vicaria».

Con el triste resultado de que el papel de "villano" que antes desempeñaba el diablo ahora recayó en Dios.

Así que, hasta mi generación, fuimos educados en esta idea: con consecuencias catastróficas en la relación con Dios.

En cambio, la Cristología contemporánea² explica la relación causa-efecto entre la cruz y la salvación recuperando la categoría bíblica fundamental de la ***Alianza***.

²Véase A. Cozzi, *Conociendo a Jesucristo en la fe*, CE

Dios no debe dejarse persuadir para que nos perdone, sólo debemos permitirselo (Pablo dirá: «*Por Cristo les suplicamos: Déjense reconciliar con Dios*» (2Cor 5,20).

De hecho, el hombre siempre había rechazado toda oferta de alianza por parte de Dios en el Antiguo Testamento. Ahora, al contrario, Jesús transforma el último y radical rechazo humano (la cruz), hacia la extrema oferta divina, en aceptación (más que enviar al hijo, Dios no podría haber hecho: cf. la parábola de Mt 21,33-45) .

En última instancia: no es la cruz la que salva (que es siempre y sólo un terrible instrumento de tortura: ¡todo lo contrario de «*O crux, ave spes unica*»!)

Tampoco se puede decir que la cruz fue querida por Dios: fueron los hombres los que quisieron crucificar a Jesús.

Más bien, fue el amor de Jesús el que nos salvó, tan extremo como para sacrificarse a sí mismo en la cruz, para abrir una brecha a Dios en la libertad humana, que le permitiría alcanzarnos con su oferta eficaz de salvación.

v.5 «Nadie me pregunta adónde voy».

De hecho, Jesús ya había dicho adónde iría y qué haría: «*En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones; si no fuera así, se lo habría dicho, porque voy a prepararles un lugar. Cuando haya ido y les tenga preparado un lugar, volveré para llevarlos conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes*» (Jn 14, 2-3)

Y Tomás había incluso protestado: «*Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos conocer el camino?*» (Jn 14, 5), interesados como estaban en seguirlo.

Pero ahora que han comprendido que no se trata de viajar sino de morir, no piensan en pedir explicaciones: ¡el miedo (¡contrario a la fe!) los ha "aturdido"!

Jesús lo señala, con un reproche velado, que recuerda al del lago tormentoso: «*¿Por qué tienen tanto miedo? ¿Aún no tienen fe?*» (Mc 4,40).

v.7a «Les conviene que yo me vaya».

Es la paradoja de la glorificación: para enviar al Espíritu Santo, por el cual no sólo estará junto a nosotros sino dentro de nosotros, Jesús debe ir al Padre.

Obviamente estas son expresiones figurativas. En realidad, Jesús no puede "ir" porque en realidad nunca "dejó" al Padre (Dios no está en un lugar), ni puede "dejarnos" porque sería mentiroso (Mt 28,20). La Ascensión no es la despedida de Jesús, sino su glorificación, expresada en imágenes (Lc 24,51 Hch 1,9).

v.7b «No vendrá a ustedes el Paráclito».

Algunas versiones (como la CEI) dejan con razón el término griego **Paráclito**: la posible traducción "defensor" sería reduccionista. En el juicio antiguo era el acusado quien tenía que hablar: el abogado lo asistía y lo alentaba cuando se daba cuenta de que corría peligro de desanimarse. Así actúa en nosotros el Espíritu Santo.

¿Y qué debe hacer el Paráclito?

No apoyar a los discípulos en una hipotética lucha contra el mundo (tentación en la que muchas veces recaemos, olvidando que «*Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que quien crea en él no muera, sino tenga vida eterna*» (Jn 3,16), sino para ayudar al mundo. Como sigue diciendo.

v.8 «Convencerá al mundo del pecado, de la justicia, y del juicio».

El término griego ἐλέγξει también se puede traducir como "convencerá", por lo que el Espíritu también *asistirá al mundo con tres acciones*, convenciéndolo (=ayudándolo a ver)

9-11 «En cuanto al pecado, porque no creen en mí... en cuanto a la justicia... en cuanto al juicio».

Es decir, ayudará al mundo a reconocer:

- el propio pecado, que consiste no en hacer algo malo, sino en no reconocer a Jesús como el Hijo de Dios, el enviado por él (v. 9)

- le hará descubrir la mentira (cuyo padre es el diablo: Jn 8,44), haciéndole comprender lo que es justo (v. 10)

- lo salvará de su mal, mostrándole cuál es el juicio de Dios (v.11). Juicio contra el pecado, no contra al mundo, al pecador!

vv. 14-15 «Él me dará gloria porque recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes. Todo lo que tiene el Padre es mío, por eso les dije que recibirá de lo mío y se lo explicará a ustedes.».

Esta dinámica revela la íntima comunión trinitaria.

Meditación

1. Dios

- ¿Reconozco a "mi" Dios en el Crucificado? ¿Qué idea de Dios se revela en el Crucificado?

- ¿Logro, en la fe, no separar al Resucitado del Crucificado? «*¡No tengas miedo! Estás buscando a Jesús de Nazaret, el crucificado. Ha resucitado, no está aquí*» (Mc 16,6).

2. Mi vida y el mundo

- ¿Esto cómo afecta a mi fe?

- ¿Cuál es mi/nuestra actitud como discípulos de Jesús hacia el mundo?

Sólo el Dios que sufre puede ayudar

«Nuestro llegar a ser adultos nos lleva a reconocer más verdaderamente nuestra condición ante Dios. Dios nos da a saber que debemos vivir como hombres capaces de afrontar la vida sin Dios. El Dios que está con nosotros es el Dios que está con nosotros. Mc 15,34)!

El Dios que nos hace vivir en el mundo sin la hipótesis de trabajo de "Dios" es el Dios ante el cual estamos permanentemente. Dios se deja arrojar del mundo en la cruz, Dios es impotente y débil en el mundo y precisamente así está a nuestro lado y nos ayuda. ¡Es absolutamente evidente, en Mt 8,17, que Cristo no ayuda en virtud de su omnipotencia, sino en virtud de su debilidad, de su sufrimiento!

Aquí radica la diferencia decisiva con cualquier religión.

La religiosidad humana remite al hombre en su tribulación al poder de Dios en el mundo. La Biblia, por otro lado, devuelve al hombre a la impotencia y al sufrimiento de Dios: sólo el Dios que sufre puede ayudar.

En este sentido puede decirse que la evolución descrita hacia la mayoría de edad del mundo, con la que se despeja una falsa imagen de Dios, abre nuestra mirada hacia el Dios de la Biblia, que obtiene poder y espacio en el mundo gracias a su impotencia»³.

(D. BONHOEFFER)



³D. BONHOEFFER, Resistencia y rendimiento, p. 440